



LAS LÍNEAS MAESTRAS DE LA EXHORTACIÓN *VITA CONSECRATA*

ENERO 2022 – 20º LÍNEA MAESTRA

Vida con un apropiado programa de oración¹

Las personas consagradas deben expresar también en la oración su identidad bíblica, teológica y espiritual. Su programa de oración debe reflejar su ideal de vida. Todo consagrado debe alabar, bendecir y agradecer a la Trinidad (cf. 17t: *«para alabanza de la Trinidad»*) por todos sus dones: en particular por el don de la nueva y especial consagración. Todo consagrado debe pedir con humildad y constancia la ayuda del Señor para saber permanecer siempre fiel a la peculiar vocación recibida y debe ofrecer con amor apostólico sus súplicas y su intercesión por el bien de la humanidad.

Supremo modelo de los consagrados también por su vida de oración, es Cristo, es decir, el orante por excelencia, de quien ellos deben ser viva presencia: *«Las personas consagradas, en efecto, tienen el deber de hacer presente (...) a Cristo casto, pobre, obediente, orante y misionero (cf. LG 44; 46)»* (VC 77). El Verbo encarnado ha indicado a los consagrados el camino también con *«su oración»* (VC 21f). La Exhortación, por tanto, confirma en modo sintético la necesidad de una profunda vida de oración y su carácter eminentemente cristológico. En el documento *Elementos esenciales* (1983) podemos encontrar esta bella explicación de la síntesis de la Exhortación: *«Como Jesús, para el cual, la oración como acto distinto de los otros, revistió un rol amplio y esencial en la vida, el religioso tiene necesidad de rezar para profundizar su unión con Dios (cf. Lc 5,16). La oración es también una condición necesaria para la proclamación del Evangelio (cf. Mc. 1,35-38). Es el contexto de toda decisión y acontecimiento relevante (cf. Lc 6,12-13). Como en el caso de Jesús, el hábito de la oración es necesario, si el religioso debe tener esa visión contemplativa de las cosas por las cuales Dios se revela a la fe en los eventos de la vida (cf. DC 1). Es ésta, aquella dimensión contemplativa que la Iglesia y el mundo tienen derecho a esperar del religioso por el hecho mismo de su consagración. Ésta debe estar reforzada por momentos prolongados reservados a la exclusiva adoración del Padre, en el amor por Él y en una escucha silenciosa ante Él»*.

El Papa recuerda, además, el ejemplo de oración de la Virgen María, que con los Apóstoles estaba *«en espera orante del Espíritu Santo (cf. Hch 1,13-14)»* (VC 34b).

Todo carisma tiene en su origen una orientación *«hacia el Padre»* (VC 36c). Como en la vida de Jesús, en la vida de todo consagrado esta orientación debe encarnarse en momentos prolongados reservados al diálogo orante con el Padre: *«En esta perspectiva el carisma de cada Instituto empujará a la persona consagrada a ser toda de Dios, a hablar con Dios o de Dios»* (VC 36c). *«Esto comporta en concreto*

¹ ÁNGEL PARDILLA, *Vita consacrata per il nuovo millennio. Concordanze, fonti e linee maestre dell'esortazione apostolica Vita Consecrata*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2003, p. 1391-1394.

una gran fidelidad a la oración litúrgica y personal, a los tiempos dedicados a la oración mental y a la contemplación» (VC 38a). Como enseña la historia, los grandes religiosos han sido siempre personas de profunda oración: «Sea en la vida religiosa contemplativa como en la apostólica *ha habido siempre hombres y mujeres de oración en orden a realizar*, como auténticos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios, *obras grandes»* (VC 94c). También en el dinamismo de la oración las personas consagradas no tienen «solo una gloriosa historia que recordar y relatar, sino *¡una gran historia por construir!»* (VC 110a). Esto requerirá que cultiven con amor los distintos ámbitos de la oración: «Junto a la *Eucaristía*, y en íntima relación con ella, la *Liturgia de las Horas*, celebrada comunitariamente o personalmente según la índole de cada Instituto, en comunión con la oración de la Iglesia, *expresa la vocación a la alabanza y a la intercesión, que es propia de las personas consagradas»* (VC 95c; cf. VC 111d).

El ejercicio de una oración asidua, intensa y adaptada a la propia identidad de consagrado es un elemento indispensable en el cuadro de cada forma de vida consagrada. Cada consagrado luego debe ser orante en la fidelidad dinámica a un programa coherente con el carisma específico de su vocación en la Iglesia (cf. VC 6b; 7c; 8ab; 9b). Algunos son llamados a estructurar toda su vida en el eje de Cristo orante: «*Los religiosos y las religiosas enteramente dedicados a la contemplación son de modo especial imagen de Cristo que ora sobre el monte* (cf. LG 46)» (VC 32d; cf. 81; 14c; 24b). Otros son llamados “a proponer de nuevo en su tiempo la presencia viva de Jesús, (...) el Apóstol del Padre” (VC 9b), «*alimentando en la oración una profunda comunión de sentimientos con Él* (cf. Fil 2,5-11), a fin de que toda su vida esté imbuida del espíritu apostólico y toda la acción apostólica esté compenetrada de la contemplación» (VC 9b; cf. 67b). El ejemplo de armonía del Cristo orante y misionero está siempre en la base de cada «*sólida espiritualidad de la acción*» (VC 74b): «Jesús mismo nos ha dado el ejemplo perfecto de cómo se puede unir la comunión con el Padre, con una vida intensamente activa (...). La estrecha unión entre contemplación y acción permitirá, hoy como ayer, afrontar las misiones más difíciles» (VC 74b). La Exhortación insiste sobre el valor de la oración como alimento necesario para la misión: «En realidad la misión apostólica, antes que en la acción, consiste en el testimonio de la propia dedicación a la plena voluntad salvífica del Señor, *una dedicación que se alimenta en las fuentes de la oración y de la penitencia»* (VC 44b).

El Papa recomienda mucho a todas las personas consagradas la «*meditación* de la Palabra de Dios y en particular de los *misterios de Cristo*» (VC 94c). Dentro de este horizonte se propone a los consagrados una renovación espiritual mariana, que es al mismo tiempo cristológica y evangélica; el Rosario, en particular, es presentado como un itinerario de profundización en los misterios de Cristo a recorrer cotidianamente en comunión con María: «Exhorto, en fin, a todas las personas consagradas, según las propias tradiciones, a renovar cotidianamente la unión espiritual con la Virgen María, recorriendo con Ella *los misterios del Hijo*, particularmente con la recitación del *Santo Rosario*» (VC 95f).

Pío XII lo llamó en 1946 «el compendio de todo el Evangelio». En la misma línea, Pablo VI afirmó en 1974 que a partir de los congresos de estudio «ha aparecido con una luz más vívida la índole evangélica del *Rosario*, en cuanto que extrae del Evangelio el enunciado de los misterios y las principales fórmulas (...). El *Rosario* es por tanto una oración evangélica, como aman definirlo tal vez hoy más que en el pasado, los pastores y los estudiosos» (*Marialis Cultus*, 44). En la huella de sus predecesores, Juan Pablo II sostuvo el 9 de octubre de 1983 la índole cristológica y evangélica del

Rosario: «El *Santo Rosario* es una memoria continua de la Redención, en sus etapas sobresalientes: la Encarnación del Verbo, su Pasión y Muerte por nosotros, la Pascua que ha inaugurado y que se cumplirá eterna en el cielo (...). Como los Salmos recordaban a Israel las maravillas del Éxodo y de la salvación obrada por Dios, (...) así el *Rosario* recuerda continuamente al pueblo de la nueva Alianza los prodigios de misericordia y de potencia que Dios ha explicado en Cristo a favor del hombre».

Las personas consagradas son invitadas por el Papa a rezar el Rosario personalmente y comunitariamente, según las propias tradiciones. El Papa enseña, en primer lugar con su ejemplo, que el Rosario no es una oración para recitar únicamente en privado. En efecto, ya Pablo VI afirmó claramente que el Rosario «tiene una índole comunitaria» (MC 48), y por eso no cesó de «recomendar vivamente la recitación del santo Rosario en familia» (MC 52).

En la medida en que sean hombres y mujeres de oración, las personas consagradas se convierten en personas expertas en el rezar y se sitúan en la condición de poder servir a los hermanos como guías de oración (cf. VC 39b; 44b).

DE LA CARTA APOSTÓLICA **MANE NOBISCUM DOMINE** DEL SUMO PONTÍFICE
JUAN PABLO II
AL EPISCOPADO, AL CLERO Y A LOS FIELES
PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA
Octubre 2004 - Octubre 2005

26. En este *Año de la Eucaristía* los cristianos se han de comprometer más decididamente a dar testimonio de la presencia de Dios en el mundo. No tengamos miedo de hablar de Dios ni de mostrar los signos de la fe con la frente muy alta. La «cultura de la Eucaristía» promueve una cultura del diálogo, que en ella encuentra fuerza y alimento. Se equivoca quien cree que la referencia pública a la fe menoscaba la justa autonomía del Estado y de las instituciones civiles, o que puede incluso fomentar actitudes de intolerancia. Si bien no han faltado en la historia errores, inclusive entre los creyentes, como reconocí con ocasión del Jubileo, esto no se debe a las «raíces cristianas», sino a la incoherencia de los cristianos con sus propias raíces. Quien aprende a decir «gracias» como lo hizo Cristo en la cruz, podrá ser un mártir, pero nunca será un torturador.

Joannes Paulus PP. II